

ESTEBAN
GONZÁLEZ PONS

EL
ESCAÑO
DE
SATANÁS

ESTEBAN GONZÁLEZ PONS
EL ESCAÑO DE SATANÁS



© Esteban González Pons, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Primera edición: noviembre de 2022

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.123-2022
ISBN: 978-84-670-6360-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

Domingo

A casi todas las personas las bautizan con agua, sólo algunas reciben después un segundo bautismo con sangre. Y estas últimas no mueren nunca, esa es su desgracia.

Francisco Arroyo Herranz, diputado del Partido Socialista Obrero Español por Teruel, abrió los labios como un pez al boquear, antes por reflejo que para decir nada. Y aún más se le abrieron los ojos, ansiando también esa redondez tan triste de los ojos de los peces, cuando todo su cuerpo se tensó y el dolor lo recorrió de arriba abajo igual que si hubiera recibido una descarga eléctrica. No quedó en él una célula que no se sintiera traspasada por el mordisco limpio y profundo que acababa de recibir en el cuello.

Creía que en el despacho estaba aislado y seguro, que su oficina era su castillo, pero no.

Sentado ante el escritorio, una noche en que el Congreso estaba cerrado para todo el mundo menos para los diputados, no esperaba ser arremetido por la espalda mientras con incredulidad leía lo que podía ocurrirle a continuación. Tenía frente a sí el expediente secreto conocido como *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes en la Casa*, donde él mismo aparecía mencionado, y que su amiga, la letrada Mercedes Martínez, autora del mencionado *Informe*, había copiado antes de entregar el original al presidente en funciones del Congreso, don Miguel Betancor, del Partido Popular.

Caso de pasarle algo parecido a esto, habría anhelado que fuese en un contexto erótico y que ese tipo de mordedura le provocara un éxtasis superior al del orgasmo, el éxtasis del renacimiento. De ahí su desconcierto por aquel dolor tan intenso.

Se quedó sorprendido, aterrado, inmóvil.

Quien le había mordido se puso seguidamente frente a él. Unas manos delicadas pero gélidas le enmarcaron el rostro. Las palmas de esas manos blancas de dedos largos y cuidadas uñas pintadas de negro se pegaron a sus mejillas cual ventosas, manteniéndole erguida la cabeza. Para el diputado fue igual que hundir la cara en un cubo de agua con hielo por el frío que desprendían aquellas manos de mujer. Semejante frigidez contrastaba intensamente con el calor que irradiaba la herida de su cuello, de la que no dejaba de manar sangre.

Estaban solos en el despacho, en el pasillo de la planta, casi seguro que también en ese edificio y quizá en el conjunto del Congreso. No era probable que quedara nadie a esas horas por allí, más allá de algún vigilante nocturno de ronda con su linterna. Excepto la luz del flexo que iluminaba los folios del *Informe* extendidos por la mesa, el universo yacía sumergido en la negritud de una noche de domingo en el centro de Madrid.

Además, había sido día de elecciones generales. Los políticos pasan siempre la noche de las elecciones de cara al televisor, esa noche el Congreso es un útero huero.

En aquellas circunstancias no cabía esperar auxilio. Sin embargo, el diputado reclamó socorro a gritos. Y con todas sus fuerzas, con desgarró, recurriendo incluso al aire que contuviera su estómago, chilló. El chillido resonó por los espacios solitarios y apagados de las distintas oficinas como el lamento de alguien extraviado en las entrañas de la cueva más profunda. La resonancia del chillido se perdió en un abismo de oquedades y corredores desiertos.

Las sienas le latían con rabiosa intensidad. Si se hubiera concentrado habría podido adivinar las pulsaciones aceleradas de su corazón contando las perceptibles palpitaciones de sus arterias temporales externas. Comenzaba a notar cómo la sangre empapaba la espalda de su camisa.

«Me va a bautizar con sangre, aunque no debería ser con mi propia sangre», pensó en voz alta.

Algo iba muy mal.

—¿Me vas a bautizar con sangre?

—No. Tú no eres la persona elegida.

—Pero yo creía...

—Me regalaste tu alma con demasiada facilidad, Monaguillo ministrable. Ya no me sirves...

La siniestra criatura se había sentado a horcajadas sobre los muslos del diputado separándolo un poco de la mesa del despacho. De cara a él. Lo miraba fijamente, con fiereza, y se relamía con la inteligencia de una loba que calcula y que, antes de lanzar el golpe definitivo a su presa inmovilizada, se contiene un segundo. Descubría los caninos superiores e inferiores y rozaba su lengua contra sus dientes adelante y atrás, obscenamente.

El diputado se preguntó cómo se habría recogido aquella pesada saya negra con que la recordaba, ricamente bordada con hilos de oro y plata, para sentarse con tanto descaro sobre sus piernas. También por qué no sentía su largo collar de perlas, acabado en una última perla con forma de gota, rozándole la camisa, bajándole a él por el vientre conforme la inquietante mujer se acomodaba lentamente encima de sus muslos. Y cómo era posible que, pese a lo complicado del traje de dama de la corte de los Austrias que lucía, la percibiera desnuda en la penumbra del despacho, que las puntas de sus pechos lo tuvieran pegado contra el respaldo de su sillón como si fueran dos amenazantes dagas quitapenas.

Le hincó con fuerza las uñas de los pulgares por detrás de la mandíbula provocando así que el diputado abriese de par en par los labios y entonces, con lascivia, gozando con cada lametazo, empezó a besarle en la boca. Por dentro de la boca, más bien, puesto que, al mantener las uñas hundidas, presionando por debajo de sus orejas, el hombre no podía cerrar los labios aunque lo intentase.

Lo saboreaba.

El aliento de la aparecida hedía como la mierda que se le escapa a un ahorcado, hedía como el aire prisionero en un ataúd ya enterrado.

La primera vez que se encontró con ella fue en el cuarto de baño de caballeros que hay en palacio, justo detrás del Salón de Sesiones, junto a ese bar de diputados al que sólo puede accederse desde dentro del hemiciclo. Un urinario exclusivo para miembros de la Cámara, por tanto. En la calle ya habría oscurecido. Era una

tarde tediosa del final de la legislatura de la peste, una de esas de luz tenue, corrillos en los escaños del fondo, oradores que leen discursos en voz baja, ningún periodista siguiendo la sesión..., sin emociones. Al lavarse las manos después de orinar, levantó la vista y se la encontró en el espejo. Hermosísima. No reflejada, no asomándose por detrás de él, sino introducida en el espejo, mirándolo desde el otro lado.

Cuando anochece, el silencio indiferente de los mingitorios públicos es de panteón; por el pavimento, por la pulcritud, por la repugnancia. Dada su estética marmórea, a determinadas horas tardías un cuarto de baño público casi no se distingue de una morgue, ambos resultan escenarios sobrecogedores, enclaustrados, terribles.

Podría haber pensado: qué tontería. Y marcharse. Podría haberse reído, concluir que la fatiga y el aburrimiento le provocaban visiones y darse la vuelta e irse. Incluso, podría haber formado un cuenco con las manos y lavarse la cara para despejarse, o haber salpicado al espejo para que desapareciera de ahí la imagen de aquella preciosa señora, vestida igual que una princesa antigua, que le sonreía con ruindad. Cualquiera cosa..., podría haber hecho cualquier cosa, pero no hizo nada. Se quedó pasmado, hipnotizado por la bella, hasta que la bella habló y le dijo:

—Y a ti, ¿quién te teme, Monaguillo? Te llaman el Monaguillo, ¿verdad? Ji, ji, ji... Si no te teme alguien importante es que no eres nada importante, Monaguillo. No cuenta quién te ama, sino quién te teme... Dime, ¿tú eres alguien, Monaguillo? ¿Quieres que te ayude a infundir miedo y llegar a ministrillo? Ji, ji, ji...

Ahora, ¡ahora más que nunca!, se arrepentía de no haber huido entonces, de no haber sido capaz de entender rápidamente que la fascinación producida por aquella figura imposible del espejo estaba compuesta de miedo, codicia y deseo a partes iguales. De haber caído en la tentación. De no haberse callado y escucharse a sí mismo responder:

—Nadie me teme —apenas se le oía la voz—, aunque tampoco nadie me ama. Yo temo y amo, pero no infundo temor ni amor.

—Ji, ji, ji... Pero sueñas con ser ministrillo, ¿a que sí, Monaguillo? Arroyo asintió con la cabeza.

—¿Me dejas entrar?

—Pasa —balbuceó.

Y la criatura salió del espejo.

Sí, ahora, precisamente ahora, sintiendo aquella lengua gélida ocupar su cavidad bucal como si fuera propia, percibiendo invadida la entrada de su cuerpo hasta la garganta, ahora ya era tarde, demasiado tarde, y aquella señora del espejo del baño estaba en condiciones de empezar a masticarlo por dentro.

Le pareció que tenía el hocico húmedo de babas y mucosidades de una perra de pelea metido en la boca, que le husmeaba las entrañas con hambre. Que una perra negra con ojos de fuego lo iba a devorar sin matarlo antes, dejándole notar y mirar cómo daba mordiscos a sus entrañas a partir de la faringe.

Ella gruñó lo mismo que una alimaña antes de pasarle el brazo con seguridad por detrás de la nuca, succionarle la lengua igual que se sorbe el licor de un cóctel y cerrar después los dientes con la fuerza fulminante de un martillazo, tal y como cae la hoja de la guillotina. Le arrancó la lengua de cuajo. El diputado, que supo perfectamente lo que estaba ocurriendo porque, según acababa de leer en el *Informe espantoso sobre tábanos, ratas y crímenes*, él no era el primero ni el segundo en caer, quiso suplicar, rebelarse, vociferar, largar algún insulto..., pero se encontró con un vacío y un mutismo inmensos bajo su paladar.

Para su compinche la reviniente, Francisco Arroyo resultó no ser ese alguien tan especial que él se había creído. Ayudarla a entrar y resituarse no conllevaba ninguna recompensa. Qué desolación, a la postre sería sólo otro nombre en la lista de bajas del *Informe espantoso*. En ese instante y por vía deglutoria se estaba rescindiendo su pacto de fidelidad a cambio de poder con la diabólica criatura. Sí, apostó su alma y la perdió para la eternidad. Arroyo también iba a ser comido.

Jamás llegaría a ministro.

—Lo has descubierto todo de mí y ya no vales para nada. Fui parte de mi plan, pero te has quedado en comida, ridículo ministrable —le espetó con la boca llena, pronunciando las palabras con dificultad, aunque mirándolo de forma tan aviesa que lo dicho no necesitaba traducción.

Y vio cómo la criatura se retiraba un poco, levantaba las manos para recogerse los cabellos que se le habían venido a la cara, ofreciéndole así las axilas y las tetas con descaro, y cómo le sonreía burlona, con su lengua recién arrancada pendiendo de la dentadura, sosteniéndola con los caninos como lo haría una alimaña con un filete de carne cruda.

Al diputado la sangre le resbalaba con abundancia por las comisuras de los labios y por el mentón. Le goteaba atropelladamente sobre la camisa.

Luego, ella escupió la lengua cortada sobre el escritorio y se puso de pie. Inclino despacio la cabeza a un lado y luego al otro con satisfacción infantil. Canturreaba como una párvula feliz que acabase de terminar un trabajo escolar. Y le susurró entre risitas:

—Pronto te desangrarás, diputado, ji, ji, ji... En el momento en que desaparezca la luz de tus ojos y su humedad, será que ya estás muerto. ¿Quieres que te avise cuando eso esté a punto de ocurrir?

Al intentar replicarle, un borbollón de humores carmesíes, grumosos y medio fluidos le brotó de aquella boca sin lengua. Se ahogaba con su propio plasma y sus escupitajos con tropezones.

La camisa blanca del diputado ya era completamente roja por la sangre oscura con que se había teñido. Lo último que vislumbró Francisco Arroyo fue a la mujer desabrochándole con parsimonia esa camisa como si pelara una fruta antes de trocearla para zamársela.

Todo sucedió tal y como yo lo estoy escribiendo aquí. No, no es que me lo hayan contado, es que heredé los recuerdos de uno de los dos seres allí presentes. Ya se verá cómo.

La muerte es el único dios seguro, sépalo quien aún lo ignore.